

LAS RETÓRICAS ANTIMARXISTAS DEL NEO-IMPERIALISMO (ANTAGONISMO, CONFLICTO Y VIOLENCIAS GLOBALIZADAS)

*The Anti-Marxist Rhetorics of Neo-Imperialism
(Antagonism, Conflict and Globalized Violence)*

Ángela SIERRA GONZÁLEZ
Universidad de La Laguna
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1918-9689>

Enviado: 2 de julio de 2023
Aceptado: 17 de julio de 2023

RESUMEN

La presente reflexión es de tipo exploratoria y trata de indagar la relación que existe entre las retóricas antimarxistas sobrevenidas y la conversión de la violencia política en uno de los *topos* universales en el discurso «neoliberal» en contra del marxismo. En las últimas décadas, el «activismo» presente en la difusión del argumentario de estas retóricas engaña respecto de sus orígenes y de su extensión, dado que estas han sido una de las piezas fundamentales del neoliberalismo contra las resistencias, de todo tipo, surgidas ante el avance de la globalización neoimperial por medios discursivos y por medios de contención violentos. Sin embargo, ignorando estas violencias, desde la Guerra Fría estas retóricas presentaron, de manera casi exclusiva, el marxismo como una «doctrina» antidemocrática y antijurídica. Los diversos discursos antimarxistas establecieron una vinculación entre violencia y marxismo para socavar su influencia y desprestigiar su análisis del capitalismo.

Palabras clave: Retórica; Estereotipo; Violencia; Neoliberalismo; Guerras Proxy.

ABSTRACT

This reflection is exploratory and tries to investigate the relationship that exists between the anti-Marxist rhetoric and the conversion of political violence into one of the universal moles in the «neoliberal» discourse against Marxism. The «activism» present in the diffusion of the argumentation of these rhetorics in the last decades deceives respect for its origins and its extension, given that these have been one of the fundamental pieces of neoliberalism against resistance, of all kinds, that has arisen before the advance of neo-imperial globalization by discursive means and by means of violent containment. However, ignoring this violence, since the Cold War these rhetorics presented, almost exclusively, Marxism as an anti-democratic and anti-legal «doctrine». The various anti-Marxist discourses established a link between violence and Marxism to undermine its influence and discredit its analysis of capitalism.

Keywords: Rhetoric; Stereotype; Violence; Neoliberalism; Proxy wars.

1. CUESTIONES PREVIAS (RETÓRICAS Y ESTEREOTIPOS)

En este artículo se exponen algunas consideraciones destinadas a intentar una aproximación a las retóricas antimarxistas y sus estereotipos, particularmente, sobre la cuestión del fin, siempre anunciado, y el retorno, siempre inesperado, del marxismo como instrumento de análisis del capitalismo y de las de las formas de violencia que engendra. ¿En qué consisten las retóricas antimarxistas? Se trata de una construcción discursiva compleja. Se han construido ciertos estereotipos cuya difusión ha sido casi universal atribuyéndole a los discursos marxistas, –fuesen heterodoxos o no–, violencias cognitivas, constricciones morales y pérdidas de libertades civiles. Desde Ayn Rand (2009)¹,

1. Alisa Zinóvievna Rosenbaum conocida como Ayn Rand, fue una filósofa que desarrolló un sistema filosófico conocido como «objetivismo». Rand defendía el individualismo y el capitalismo de *laissez faire*. Fue una destacada opositora del marxismo y del socialismo con gran influencia en EEUU. Para Ayn Rand, el hecho de que una huelga pudiera provocar un caos es la confirmación de que ningún país puede vivir sin su clase empresarial, así como sin la subordinación de la política a las necesidades de la economía empresarial. Las ideas de Ayn Rand son muy populares en la clase empresarial estadounidense. Algunos admiradores importantes de ella son Elon Musk, Jack Dorsey y Travis Kalanick. Su obra más reconocida es *La rebelión de Atlas* (Rand 2009).

Friedrich Hayek (2011)², a Karl Popper (2006)³ pasando por Raymond Aron (2021)⁴ y Leo Strauss (2005)⁵, –entre otros–, estos estereotipos retóricos son recurrentes en sus discursos. Se dogmatiza en ellos sobre el carácter sustancial de la violencia en el marxismo como instrumento de cambio, mientras

2. Friedrich August von Hayek, fue un economista, jurista y filósofo discípulo de Friedrich von Wieser y de Ludwig von Mises. Es conocido principalmente por su defensa del liberalismo y por sus críticas a la economía planificada y al socialismo y por ende al marxismo. En su libro *Camino de servidumbre* (Hayek 2011), considera al marxismo como un peligro para la libertad individual que conduce al totalitarismo. Apoyó a las dictaduras del Cono Sur como medio de instauración de medidas liberales. De hecho, en una entrevista hecha por el diario el Mercurio el 12 de abril de 1981, en apoyo al régimen de Pinochet, dijo: «Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente».

3. Karl Raimund Popper filósofo y politólogo. Por lo que respecta a su discurso político, es conocido por su defensa de la democracia liberal y de una sociedad abierta, base ideológica de la fundación *Open Society Foundations* del filántropo George Soros. Popper desconfiaba de los mecanismos puros del libre mercado que abanderaba Hayek, y predicaba más bien cierto intervencionismo del Estado, pero que no desembocara, en cualquier caso, en el control o en la propiedad estatal. Fue miembro de la Sociedad Mont Pelerin, una comunidad de estudios fundada por Hayek para promover una agenda política liberal. Su obra política está marcada por su anticomunismo militante, si bien reconoció las valiosas aportaciones que hizo Marx a la sociología, en el sentido de convertirla en una ciencia autónoma que dispone de sus propias categorías y, en particular, valoró que el marxismo despojó a la sociología del psicologismo de Stuart Mill. Su libro más destacado es *La sociedad abierta y sus enemigos* (Popper 2006).

4. Raymond Aron, filósofo, sociólogo y politólogo. Fue uno de los grandes analistas de la sociedad actual y un crítico de la actuación de los intelectuales de izquierda, en especial de Jean-Paul Sartre. Se convirtió en uno de los más persistente y severos antimarxistas y anticomunistas. Aron se refería a la revolución como un mito. De hecho señaló que el mito de la Revolución era un mito de la izquierda y sostenía que resultaba tan seductor precisamente por su atractivo poético: inducía la ilusión de que «todo es posible», de que todo puede ser completamente transformado. Su controversia con Sartre provocó algunas críticas. Así, se decía que el escritor y periodista Jean Daniel, había afirmado: «Mejor estar equivocado con Sartre que en lo cierto con Aron». Una de sus obras más críticas con el marxismo es *Libertad e igualdad* (Aron 2021)

5. Leo Strauss, filósofo y politólogo ejerció una gran influencia en la élite política estadounidense. Uno de los más notables, entre sus alumnos, fue Paul Wolfowitz, Subsecretario del Departamento de Defensa, en el gobierno de George W. Buhs y décimo presidente del Banco Mundial. La influencia de Strauss ha dado lugar a la utilización del maquiavelismo político, como práctica política, entre los neoconservadores estadounidenses, definidos como «straussianos». Estos jugaron un papel significativo en la promoción y planificación de la Invasión de Iraq en 2003 y en la promoción de la primacía neocolonial de EEUU. Uno de sus libros de interés es *Sobre la Tiranía* (Strauss 2005).

que, por el contrario, el capitalismo aparece, ajeno a la violencia, como un sistema de apertura, libertades y equilibrio de intereses. O, en los menos idealistas, como sucede con Karl Popper, como un marco de posibilidades reales de llegar a ello.

Al respecto hay que añadir que no se pretende en este artículo buscar el origen, gestación y desarrollo de las retóricas y discursos antimarxistas. Sólo señalar, –sin pretender ser exhaustivos–, la relación de correspondencias observables con los intentos de sofocar las insurgencias emergentes, internas y externas, en los espacios donde se generan resistencias al *statu quo* desde posiciones subalternas, colocándolas *fuera* del tiempo presente. Pareciera, según estos discursos, que las insurgencias presentes fuesen vestigios de un pasado superado, aunque reaparezcan sin solución de continuidad en los movimientos de construcción de las soberanías individuales y colectivas bajo un capitalismo liberado, como el actual, del concepto de *bien común* o *interés público*. Funcionalmente gestionado, además, mediante la puesta en práctica de un corporativismo tecnocrático–empresarial que está embarcado en un juego neoimperial.

2. LOS ENTRAMADOS ARGUMENTALES DE LAS RETÓRICAS ANTIMARXISTAS

El entramado argumental de las retóricas antimarxistas es un aparato de representación en el que encajan en un mismo discurso, aparte de la idealización del capitalismo, la acusación contra el marxismo de constituir una fuente de violencia, en la teoría y en la práctica. ¿Cómo? inspirando –o influyendo– en revoluciones, revueltas y disturbios urbanos. Más exactamente, ser inspirador de estrategias contemporáneas de subversión contrarias a un *statu quo*, que se configuró al amparo de las políticas de *ley* y el *orden* (*law and order*), desde los lejanos años de Margaret Thatcher y Ronald Reagan⁶. Ambos en su gestión enfatizaron la desregulación (particularmente, del sector financiero), los mercados laborales flexibles, la privatización de las empresas estatales y la reducción del poder e influencia de los sindicatos. Procesos que engendraron resistencias sociales heterogéneas. El cumplimiento de estas condiciones exigía la imposición de la *ley* y *orden* como medio de garantizarlas y conujo

6. Ambos políticos, Thatcher y Reagan, fueron, como dice Chris Calton, *romantizados* en la prensa conservadora, en particular, indica: «Las razones de la romantización de Reagan son difíciles de entender. Pero Ronald Reagan sí tuvo la *mejor retórica cuando se trataba de temas conservadores* (...) y tal vez esta sea una buena explicación para su atractivo» para los conservadores (Calton, 2018).

a una militarización de la policía y a la reducción de las libertades civiles. De hecho, según Calton (2018), Reagan convenció al Congreso de suspender la Ley de *Posse Comitatus* de 1878, que se aprobó para evitar que el gobierno desplegara el ejército contra ciudadanos de EEUU. Un hecho que condujo a un socavamiento del estado de derecho. Dado que, luego de suspendida la Ley, utilizó a los militares y las fuerzas del orden, que a su vez se estaban militarizando (Calton 2018), en «operaciones conjuntas» en el territorio de EEUU⁷. Así que, con la práctica asociación del Ejecutivo y el Legislativo, Reagan consiguió establecer una relación de correspondencia entre *defensa* nacional y *seguridad* interior sostenida en las figuras, recurrentes en la Guerra Fría, de un enemigo interior interesado en provocar el caos.

Por lo que concierne a Margaret Thatcher baste mencionar la guerra declarada por su gobierno contra el sindicato de mineros, que duró un año (1984-1985) y que condujo, finalmente, a la clausura de la última mina de carbón del Reino Unido⁸. Las lógicas represivas instauradas habilitaron a Thatcher para tratar a los sindicalistas como enemigos del orden. De modo que las huelgas pasaron a ser consideradas, no un derecho, sino un ataque a la democracia y, por lo tanto, fueron conceptualizadas como «pura y simplemente subversión». Pero la cuestión no acabó ahí. En el contexto de la Guerra Fría, además, los gobiernos de Thatcher y Reagan, desarrollaron una alianza *antisubversiva*, mediante guerras de baja intensidad, tanto interna, como externamente. Para entonces, ninguno de los dos, pretendía, la contención de las insurgencias, sino la disuasión de estas, e impedir en las periferias la aparición de insur-

7. Ahora mismo las operaciones «conjuntas» de ejército y policía se suceden en Europa, en países incluso de tradición revolucionaria, como Francia, y en algunos países del Cono Sur el ejército ha sustituido a la policía en vigilancia y represión de disturbios urbanos.

8. La guerra contra el sindicato de mineros duró un año. Es el conflicto industrial de más larga duración en la historia del sindicalismo del Reino Unido. De su importancia para el cambio del sistema de gobernabilidad interna de Reino Unido da cuenta el hecho de que historiadores y sociólogos consideren la disputa, entre el gobierno y los sindicatos, como el acontecimiento más importante de la historia británica de la posguerra, junto al conflicto de Suez, la guerra de las Malvinas y el Brexit. Como los acontecimientos citados la guerra contra el sindicato de mineros fue un punto de inflexión en la historia del Reino Unido en el siglo xx. Y es que en su momento más álgido, este conflicto mantuvo a casi 150.000 mineros en huelga. ¿Las causas? Los mineros se fueron a la huelga por la retirada de derechos sociales, Thatcher pretendía limitar el derecho de huelga, introducir la desregulación en las jornadas laborales y debilitar los sindicatos, no sólo el sindicato de los mineros. Para Thatcher, limitar los derechos sindicales era un objetivo prioritario, ya que consideraba que el poder *excesivo* de los sindicatos era una amenaza constante al libre mercado.

gencia, en el seno de determinados sectores sociales, imponiendo «restricciones voluntarias» a los procesos de industrialización, así como imponiendo, además, la disolución de los sindicatos y el recorte general de los derechos sociales. En este punto conviene añadir la práctica inexcusable, desde la era de Thatcher y Reagan hasta el presente, de una lógica de poder del capitalismo, que ha alcanzado su máxima expresión en el capitalismo tardío, contra el estado de derecho y la democracia. Uno y otro han sido caracterizados como disfuncionales a la hora de garantizar la continuidad del sistema⁹. Por ello, se instauraron como garantes del *statu quo* los «estados de excepción» instrumentos jurídicos que se caracterizan por autorizar medidas excepcionales que habilitaban –y habilitan– la suspensión total o parcial del estado de derecho ante casos considerados por el poder ejecutivo como amenazas al orden. Estas medidas de gobierno parten del principio de que la sociedad civil es caótica y el Estado es racional. De su éxito como herramienta del poder ejecutivo da cuenta, que cada día aumentan las acciones que pueden considerarse amenazas al orden y los regímenes de excepción, cada vez son más prolijos y se prolonga más su aplicación en el tiempo, sin que haya habido oposición por los poderes legislativos. Al contrario, se han aprobado con su total colaboración. No obstante, el componente autoritario-represivo, en la era de Thatcher y Reagan –y después de éstos– la atención ha seguido centrada, no en las lógicas represivas de las democracias liberales, sino en los discursos marxistas, que inspiraban, según las retóricas antimarxistas, violentos procesos de cambios del sistema. Para sustentar estos estereotipos se señalaba, entonces –y me atrevería a decir que ahora–, que el marxismo cuestiona la existencia de un sistema jurídico al que deban de obedecer todos los sujetos individuales y colectivos, así como deslegitima a la justicia, tanto en lo que concierne a la ley como al aparato institucional que la hace cumplir. ¿Se pueden despejar estas dudas inducidas? ¿Cuál es la posición de Marx sobre el derecho? El derecho no fue una cuestión central de su reflexión. En términos simplificados, Marx defiende que, en ningún caso se puede partir de una concepción general de lo que es el derecho, dejando a un lado las formas particulares o el contenido específico de las interacciones que genera. Advierte la *interpenetración* de los planos jurídico, político y económico, de

9. En este contexto, bajo el rótulo de «ingobernabilidad de la democracia», neo-conservadores de todo tipo propugnan el desmantelamiento del Estado social, causante, según ellos, en reiterados argumentos de la crisis fiscales y financieras regionales, producidas por el pluralismo de asociaciones y grupos de interés (la política de masas). De manera que no sólo quieren reducir el intervencionismo del Estado, sino la propia democracia. Así, la Comisión Trilateral en un Informe dice: «Un exceso de democracia significa un déficit en la gobernabilidad» (Crozier, Huntington y Watanki, 1977-1978).

su condicionamiento recíproco y de su función social. Al respecto, resultan reveladoras aunque críticas las observaciones de Muinel Paz (2020) cuando señala:

atrincherada tras el culto «constitucionalista» a la legalidad y al Estado de Derecho se agazapa la clase dominante, obviando que, si bien el Estado se regula evidentemente por el Derecho y que el Derecho es el fundamento del Estado, en realidad el Derecho mismo es un producto monopolístico del Estado. (Muinel Paz 2020, 382)

Sin embargo, sigue siendo un lugar común el «antijuridicismo» del marxismo, particularmente en los diversos procesos de construcción discursiva, simbólica y material del lenguaje de los aparatos represivos, al considerarlo como la base teórica del comunismo y del socialismo, ambos sujetos a escrutinio, si bien en grados diferentes. Ha sido un hecho probado que, en el conjunto de los marcos jurídicos, políticos, sociales y simbólicos existentes, de un modo u otro, expresa o implícitamente, han atribuido al marxismo inspirar hechos particularmente dramáticos bajo la forma de rebeliones, disturbios urbanos y revueltas identitarias, apoyándose en el hecho de que Marx y Engels reflexionaron sobre la legitimidad de la violencia como herramienta para cambiar un poder político, en supuestos precisos, a saber, cuando este actuaba en contra del pueblo. Daban a la violencia un sentido. En estos aparatos retóricos, se obvia el hecho de que los gobiernos democráticos, bajo el capitalismo neoliberal, fueron protagonistas y responsables de la instalación de lógicas represivas en la vida política, formuladas gradualmente. Al menos, desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, tanto a escala nacional como global. Se implantan de manera indeterminada sin fijar con claridad cuál era su sentido y sus límites. Siempre borrosos. Por su indeterminación se justifican por *opiniones* vertidas en medios de comunicación. La denominada *mediopolis*. Opiniones que son representativas de una parte de las elites dirigentes, que las aprueban y utilizan.

3. LA VIOLENCIA Y LAS RETÓRICAS ANTIMARXISTAS

Vale la pena analizar la coherencia de estos discursos. Para empezar hay que examinar en ellos qué se entiende por violencia. Definir la violencia sin situarla es entrar en un túnel que no tiene salida. De hecho, una de las particularidades específicas del concepto de violencia es que no se deja definir sólo por sí misma, sino en referencia a la situación en la que se produce. Es

situacional. De ahí, que se hable de violencia política, violencia económica, violencia racista, violencia sexual, etc. En las retóricas antimarxistas los contextos no se explican. Estas retóricas condenan la violencia, pero no la sitúan. Definen la violencia en abstracto, de manera que las violencias insurgentes aparecen como acciones *sin sentido*. Así, cuando en estos discursos se denuncian las revueltas, o disturbios urbanos, se observan dos maneras de representarlas, o bien, no se suele hacer mención de las *causas* de la violencia, sino de los *resultados* de esta. O bien, se subraya que las causas que la provocan no son proporcionales a los efectos. Son retóricas cuyo fin es mostrar la existencia de una *desconexión*, entre realidad y acción, entre insurgencia y orden.

Argumentan que detrás de hechos sin sentido, como rebeliones, disturbios urbanos y revueltas identitarias, se encuentra el marxismo. Ante este argumentario, hay que abordar una cuestión inicial, a saber, que frente a la violencia capitalista Marx y Engels reflexionaron sobre la legitimidad de la violencia como herramienta para conseguir el poder político y subvertirla. Pero, previamente, Marx había revelado la naturaleza originaria de los procesos de acumulación de riqueza del capitalismo, describiéndolos como resultados de «despojos brutales, horrores, vejaciones que llevan aparejados la expropiación violenta del pueblo desde el último tercio del siglo xv hasta finales del siglo xviii» (Marx 1946, 619). Estos hechos violentos no sólo son descritos por Marx, sino también *condenados*. Y, anticipándonos a una posible objeción sostenida por aquellos teóricos, –espero que se me excuse de mencionarlos–, que sólo ven en Marx hechos causales y no «ideales morales» diríamos que, si bien es verdad, que en la descripción marxista del capitalismo encontramos una concepción del proceso social en términos de relaciones causales entre hechos, sin embargo, a la hora de examinar sustantivaciones como las utilizadas en el párrafo citado en las que se describen los procesos de acumulación como causantes de «despojos brutales», «horrores» y «vejaciones» es innegable que hay una actitud valorativa y una condena moral –como, por otra parte, en muchos otros de *El Capital*–. De hecho, en la mayor parte de sus escritos abundan los juicios morales, implícita¹⁰ o explícitamente enunciados.

Por otro lado, estas retóricas y sus estereotipos no dan cuenta de las formas de representación colectivas de las violencias, cuando son, precisamente, estas formas de representación las que revelan cómo son los sistemas sociales y cómo se articula su sistema de relaciones cuyos efectos variables se mani-

10. Aranguren y Atienza, en España, Sánchez Vázquez y Luis Villoro en México, entre otros, han mostrado cómo el estilo literario de Marx se aleja de la ecuanimidad emotiva que suele atribuirse al lenguaje científico, como señala Curcó Cobos (2017).

fiestan en los procesos históricos y políticos específicos. Marx no abstraía la violencia de la situación. Al contrario, relacionaba la violencia con situaciones provocadas por el capitalismo. A mayor abundamiento, estas retóricas obvian que, cotidianamente, se da una multiplicidad, bajo el neoliberalismo, de representaciones visuales de la violencia, que la *legitiman* modificando su entorno simbólico, cuando se ejerce sobre determinados sujetos, definidos como transgresores de la *ley y el orden*. Una nómina que lleva décadas aumentando.

En todo caso, Marx había sido categórico. La violencia ha sido una de las herramientas usadas en beneficio de la acumulación capitalista, de manera que este proceso por sí mismo engendra la insurgencia. Y la globalización neoimperialista reactualizó sus palabras por los paralelismos existentes con la acumulación originaria. «*En la historia real [decía Marx] desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato; la violencia, en una palabra*» (Marx 1946, 607), así que, el capitalismo, a su juicio, sólo fue posible mediante una serie interminable de actos violentos. ¿No sucede lo mismo en el neo-imperialismo globalizado del capitalismo tardío?

Al respecto, cabe preguntarse: ¿ha habido cambios con la globalización que obliguen a reconsiderar la idea de Marx y Engels sobre la violencia como instrumento de cambio social? ¿Se han sustituidos esos hechos violentos del capitalismo originario por otros enfocados a maximizar la acumulación, sin recurrir a la violencia? O, por el contrario, ¿se han intensificado y universalizado hechos violentos, en términos territoriales y sociales? No hay una sola respuesta para estas preguntas. Si bien la ejecución de hechos violentos ha caracterizado a los procesos de acumulación del capitalismo originario, es evidente que el capitalismo neoliberal globalizado no ha renunciado a la misma. De hecho, sigue manteniendo en su elenco de posibilidades el recurso a la violencia como herramienta de acumulación y de extracción de riqueza. De modo que, a las violencias creadas en la fase originaria, ha sumado otras formas particulares de violencia, tanto en conflictos bélicos, como en conflictos sociales. Así que no se ha abandonado un recurso que ha probado su eficacia. Se ha resignificado, mediante complicadas operaciones de enmascaramiento, bajo nombres moralizantes, tales como el discurso de la seguridad. De hecho, en relación con ese discurso arbitrado para detener las insurgencias heterogéneas surgidas, se han instrumentado diversos medios de concentración de la violencia en forma de armas, tropas, guardias y prisiones.

Por otro lado, las retóricas antimarxistas y sus estereotipos soslayan las interacciones, sociabilidades y alteridades violentas que se tejen en el capitalismo neoliberal en torno a la acumulación de riqueza expuesta por Marx en *El Capital*, pero van más allá de obviarlas, habida cuenta que no sólo

deslegitiman la resistencia, sino, también, a la crítica teórica, como *inducción a la violencia*. De manera que, la *ley* y el *orden* aparecen como un fin en sí mismo. No como un medio de articular una forma de sociabilidad transitoria. Algunos marxistas, como Kohan (1998), en pleno auge de las retóricas antimarxistas en América Latina, se han pronunciado sobre el «antijuridicismo» usado como una añagaza para ocultar la profundidad de la crítica de *El Capital* al sistema. Así, señala:

(...) De este modo se soslayaron rápidamente las agudas observaciones críticas que esta obra contiene en el radical cuestionamiento político del iusnaturalismo contractualista moderno (pues según ella el fundamento de la política no reside en la «paz» ni en el «acuerdo» –sino en la violencia y en la guerra, el contrato no es entonces fundacional ni punto de partida sino el punto de llegada de un proceso de lucha anterior). Con semejante simplificación como telón de fondo, se ha cuestionado la existencia en Marx de una teoría de la política y del poder. (Kohan 1998, 183)

4. RESIGNIFICACIÓN Y TRAVESTISMOS DE LOS ESTEREOTIPOS

Refutar tales estereotipos retóricos no es la pretensión de este trabajo, sino llamar la atención sobre su continuidad, mediante una constante resignificación, según los cambios experimentados por la evolución de las estrategias de control del capitalismo tardío, tanto en las metrópolis, como en las periferias. La resignificación de los estereotipos lleva a una conceptualización, que entraña un acto de cesión de un nuevo significado. O, de un cambio de sentido interpretativo, a acciones, contextos y experiencias políticas, como las sobrevenidas en las últimas décadas en las que las guerras Proxy¹¹ y el caos territorial inducido a través de estas son recurrentes. En estos escenarios el neoliberalismo ha impuesto su *hegemonía* en las prácticas políticas y bélicas. En muchos sentidos, se ha convertido en un *régimen*, dado que su sistema de interacciones es el que determina el carácter y la intensidad de la violencia.

Al hacer referencia en este punto a la expresión «hegemonía» se está recurriendo, inevitablemente, al sentido que da Gramsci al término en los *Quaderni di Carcere* (1929/2018), al afirmar que la «cultura occidental» había llegado a ser hegemónica sobre las demás. Así, en el presente, por analogía, puede decirse, que, de la misma manera que la cultura occidental es hegemónica en el mundo, en el seno de la misma cultura occidental se ha impuesto

11. Las guerras Proxy son guerras por delegación, esto sucede cuando los antagonistas no se enfrentan ellos mismos, sino a través de otros.

el neoliberalismo como expresión de una teoría y una práctica económico-política que ha llegado a ser hegemónica sobre todas las demás. Y que ha sido transferida, mediante los procesos de globalización neo-coloniales, a todas las áreas geográficas, incluidas las más distantes.

La distinción entre el concepto de hegemonía gramsciano y el concepto de hegemonía del neoliberalismo es significativa, porque para Gramsci (1976, 141) se puede llegar a hegemonizar a las demás culturas, subordinándolas, pero sin tener estas que desaparecer. Sin embargo, el neoliberalismo ha convertido en extinguido toda forma alternativa, o tradicional, de regir la sociedad. Su beligerancia, por activa y por pasiva, contra toda alternativa colectiva al *statu quo* existente es total. Sobre todo, si esta es construida por un sujeto colectivo para autorregularse sin ser interferido. Entonces sufre una reprobación violenta, y eso que los valores presuntos de las democracias liberales se oponen a toda forma de violencia –desde la directa y física a la violencia ideológica (racismo, odio, discriminación sexual)–. Pero, como en muchas otras cuestiones, la tolerancia del capitalismo tardío tiene límites. Se aplica siempre y cuando estas violencias tengan su origen en la acción de sujetos transgresores que se oponen a la acción de las corporaciones transnacionales y, por supuesto, no se aplica a las prácticas violentas de estas corporaciones, convertidas, mediante la globalización, en una suerte de gubernamentalidad transnacional.

Por otro lado, problematizar el propósito de estos estereotipos lleva a considerar, inevitablemente, una cuestión de principios, a saber, los estereotipos retóricos esgrimidos contra el marxismo están vinculados a formas de interpretar, codificar, clasificar y valorar a resistencias heterogéneas y multidimensionales, que emergen sin solución de continuidad en áreas sociales plurales. Y, que son representadas por alteridades radicales o resistentes, enfrentadas a los principios de *ley y orden*. Es obvio que la heterogeneidad y la multidimensionalidad de estos procesos suponen múltiples causas y múltiples inspiraciones político-económicas. Desde el marxismo, el nacionalismo o el populismo. De hecho, algunas veces coinciden más de una en el diagnóstico de las causas. No siempre en los efectos.

5. LAS MATRICES ANTIMARXISTAS DE LAS RETÓRICAS DE LA GUERRA FRÍA

La Guerra Fría sigue siendo esencial para encarar los estereotipos discursivos antimarxistas. En este sentido, el «anticomunismo militante» fue matriz de todas las retóricas antimarxistas, –aún operativo en nuestros días–, y ha sido la fuente de ciertos estereotipos que han llegado hasta hoy, entre ellas

una visión del mundo que, en su sustrato básico, permanece arraigada en la lógica del anticomunismo presente, casi sin variaciones.

Las retóricas antimarxistas tuvieron múltiples posibilidades de construir estereotipos al fundamentar el origen intelectual de los movimientos sociales durante la Guerra Fría, aunque fueron diversos y plurales. Hay que tener en cuenta que este fue un momento, según Marín Gelabert (2021, 9) «de innegable interés por el marxismo como ideología, como fenómeno social y cultural, así como objeto de análisis histórico e historiográfico». Todos los análisis no eran desinteresados, dado que, también, se pretendía impedir el avance de los movimientos sociales, habida cuenta que estos amenazaban el mantenimiento sin fisuras del *statu quo*. Para este la progresión y diversificación de los movimientos sociales se revelaba como una peligrosa vulnerabilidad del sistema que lo sostenía. Las numerosas movilizaciones, paros y huelgas, los exitosos intentos de alianzas políticas entre distintos sujetos colectivos y el alto grado de antagonismo contribuyeron, en gran medida, a percibir esta vulnerabilidad del sistema como un riesgo inminente.

De hecho, los debates, interpretaciones e ideas políticas derivadas del marxismo como método de análisis del capitalismo constituyeron, entonces, un marco para interpretar el mundo, que repercutió en las interacciones y alianzas de los grupos sociales. Un marco de interacciones que nunca fue *estable*, si se ha de creer a Marín Gelabert (2021, 18), quien sostiene que el marxismo fue un marco de interacciones en evolución permanente incorporando nuevas corrientes intelectuales de carácter transversal (Marín Gelabert 2021, 20)¹².

Una característica distintiva de las retóricas antimarxistas de la Guerra Fría consistió, precisamente, en la aparición de un «anticomunismo» militante, tanto en el terreno político-económico como en el militar. ¿Cuáles fueron sus bases teóricas? Las bases del «anticomunismo» fueron la defensa del libre mercado, la propiedad privada, la cooperación entre las diferentes clases y la defensa de costumbres, valores y normas sociales tradicionales. Entonces, como ahora, se arbitraban una serie de matrices retóricas en torno a la familia, la propiedad, el odio y la autonomía individual. Son discursos que presentan el triunfo del comunismo como el fin de la familia, de la autonomía individual, de la destrucción social y el odio de clases. Durante décadas

12. Hay que decir, sobre la influencia del marxismo que anarcosindicalistas y socialistas o socialdemócratas estaban fuertemente influenciados por las obras de Marx y otros marxistas, pero estos movimientos de izquierda también eran críticos con aspectos del pensamiento marxista y fusionaron el marxismo con otras fuentes de inspiración ideológica.

este tipo de discursos permanecieron relativamente con pocas variaciones, si bien, sus matrices retóricas venían de lejos. De la década de los treinta. De hecho, conformaron en gran medida los discursos fundacionales del fascismo y del nazismo¹³. Un ejemplo de las mismas se halla en la obra *El cristianismo y el problema del comunismo* de Nicolás Berdiaeff (2015) que anticipó en Argentina la «matriz» de los estereotipos del Cono Sur en relación a los medios que utiliza el marxismo para lograr su objetivo, aunque Berdiaeff era solo un hombre religioso, no un nazi o un fascista, sí guardó su discurso relación con las consignas de estos. Así, señala que el marxismo se sirve para la consecución de sus «objetivos», «De los malos instintos de los obreros, de la animosidad, el odio, la venganza, la violencia, debe salir un régimen social perfecto, justo y excelente. Cuanto más odio tengan los obreros, cuanto más cruel sea su lucha, más perfecta será la organización social que le sucederá» (Berdiaeff 2015).

Con estas bases argumentales, la retórica anticomunista permeó, pues, todos los aspectos de la política, pero, igualmente, de la cultura. Se articularon discursos que tenían como objetivo primordial «desenmascarar» el peligro de la «infiltración» comunista. Uno de los procesos más significativos contra la infiltración fue la denominada «caza de brujas» de Hollywood emprendida por el Comité de Actividades Antiamericanas entre 1947 y 1956 para descubrir comunistas infiltrados¹⁴ entre actores, guionistas, directores y personal de apoyo de la industria cinematográfica¹⁵.

La búsqueda de sospechosos se convirtió en un deber patriótico e, igualmente, proveer de retóricas anticomunistas a la sociedad. Para llevar a cabo esa tarea se propició la aparición de «frentes intelectuales» productores de discursos antimarxistas, basados en estereotipos. Así, intelectuales como James

13. El nazismo y el fascismo se definieron como nacionalistas, anticomunistas y antisemitas. Se manifestaba el rechazo ideológico tanto al marxismo como al «liberalismo masónico». En España tuvieron manifestaciones discursivas análogas, si bien se responsabilizó de la crisis de valores y la mala conducción nacional a los partidos, defendiendo, en consecuencia, una «democracia orgánica» respetuosa de «los valores y las jerarquías», en la que las «ideas rectoras» de cualquier acción derivasen de los conceptos de «Dios, Familia y Propiedad».

14. Un personaje representativo de esta persecución y de la elaboración de «listas negras» de actores, guiones y directores fue el senador McCarthy; tanto fue su activismo anticomunista que muchos años después los principios que inspiraron aquella «caza de brujas» también fue conocida como «mccarthismo».

15. Una fuente no extensa, pero bien documentada, lo constituye el trabajo de Javier Gómez (2009). De ahí he extraído algunos datos.

Burnham (2021)¹⁶ militaron activamente para imponer una línea anticomunista en la cultura occidental y de la misma manera procedió Arthur Koestler¹⁷, el autor de *El cero y el infinito* (Koestler 2011). Hubo eventos culturales muy significativos como el *Congresos por la libertad de la Cultura* (1950), que reunió una pléyade de intelectuales de diferentes posiciones ideológicas, pero todos coincidentes en el anticomunismo¹⁸. A partir de este congreso se creó toda una red de intelectuales y publicaciones que reactualizaban esas retóricas antimarxistas de los años 30 del siglo XX, basadas en «Dios, familia y Propiedad», focalizándose en el anticomunismo, si bien cobrando distancia del simplismo de las retóricas de los años 30 que, por otro lado, tenían un origen vergonzoso.

16. James Burnham fue un teórico político estadounidense, que desde sus inicios en el trotskismo americano se integró en acciones y movimientos antisoviéticos. En 1940 se integró en la Oficina de Servicios Estratégicos, antecesora de la CIA. Durante la Guerra Fría escribió artículos para la revista *National Review*, de tendencia conservadora. En 1983 recibió la Medalla Presidencial de la Libertad de manos del presidente Ronald Reagan. Burnham argumentó en su libro de 1941 *The Managerial Revolution: What is Happening in the World* (Burnham 2021) que el capitalismo estaba desapareciendo pero que no iba a ser remplazado por el socialismo; tampoco la democracia iba a prevalecer. Una nueva clase de *mánager*, –y no la clase obrera–, estaba remplazando la antigua clase capitalista como poder dominante en la sociedad. La clase de los *mánager* incluía ejecutivos, técnicos, burócratas y militares. Esos dominarían, a su juicio, el mundo.

17. Arthur Koestler fue un novelista, ensayista y activista político y filósofo social de origen húngaro y nacionalizado británico. Comunista desengañado, en 1938 renunció al Partido Comunista, al que se había afiliado en 1931 en Berlín, y comenzó a trabajar en una novela que en 1941 fue publicada en Londres bajo el título de *El cero y el infinito* (Koestler 2011). Fue uno de los libros antisoviéticos más influyentes del momento. En junio de 1950 Koestler pronunció un importante discurso anticomunista en Berlín bajo los auspicios del *Congreso por la libertad de la Cultura*, una organización financiada por la CIA. En el otoño de ese año, fue a los Estados Unidos en una gira de conferencias básicamente de contenido anticomunista. Más tarde, en 1956, como consecuencia del levantamiento húngaro, Koestler se dedicó a organizar reuniones y protestas antisoviéticas. De hecho, hasta su muerte siempre estuvo embarcado en la militancia anticomunista.

18. Demócratas cristianos, anarquistas, liberales, socialdemócratas generaron una suerte de frente intelectual anticomunista. La lista de participantes en los eventos derivados del *Congreso por la libertad de la Cultura* es interminable. Por citar algunos mencionar a John Dewey, Benedetto Croce, Bertrand Russell, Upton Sinclair, Jacques Maritain, Karl Jaspers, François Mauriac, Julian Huxley, Víctor Serge, Reinhold Niebuhr, John Dos Passos, William Faulkner, David Lilienthal, Franz Borkenau y tantos otros. (s.v. ‘Congreso por la libertad de la cultura’, *Diccionario Filosófico. Manual de materialismo filosófico*).

6. CAMBIO DE TERCIO: «EL FIN DEL MARXISMO»

Con el fin de la Guerra Fría se generaron nuevas figuras discursivas contra el marxismo. Retóricas proféticas sustituyeron parcialmente a las retóricas del apocalipsis de «Dios, Familia y Propiedad», matriz del discurso de Nicolás Berdieff. Esta vez consistía en avisar que había llegado el fin del marxismo. El estereotipo retórico acuñado consistía en afirmar que había pasado su tiempo. Un fin que a lo largo de la Guerra Fría parecía estar lejos.

De hecho, en su apogeo, la Guerra Fría llegó a constituir un sistema internacional de relaciones, en el sentido de que el pensamiento y las ideas antagónicas que representaban EEUU y la URSS dieron lugar a todo un entramado de ideas e instituciones beligerantes. También de áreas territoriales de conflicto, que constituyeron los puntos de fricción entre ambos sujetos antagónicos. Dicho de otro modo, representó la aparición de una «cultura» basada en el antagonismo. Según Arne Westad (2018, 16) ambos estaban convencidos de que el curso de los siglos venideros dependía de quién ganara la contienda. Sus retóricas políticas respondían a situar el problema de la beligerancia existente entre ellos en espacios de confrontación multidimensionales. El mismo Arne Westad decía que no sólo fue un conflicto ideológico como se pretende, entre el capitalismo y el socialismo, por el *dominio del futuro*, sino que fue un sistema internacional resultante de los cambios sobrevenidos después de la segunda guerra mundial¹⁹ y del avance y retroceso de resistencias populares de todo tipo. Hay que señalar no obstante, que, además de ser un sistema de relaciones internacionales, fue, también, una forma de vivir, así lo describe Arne Westad señalando: «durante un largo período de tiempo, el conflicto entre el socialismo y el capitalismo influyó profundamente en la forma de vivir de la gente, y en lo que pensaba sobre la política, tanto a escala local como mundial» (Arne Westad 2018, 17).

Este sistema complejo se vino abajo al final de la Guerra Fría. Y con la disolución de la URSS se pasó a otras figuras retóricas sin dejar los estereotipos básicos del anticomunismo de lado. Entonces era habitual hacerse

19. Para Arne Westad: «los cambios profundos y a menudo violentos en Asia, África y América Latina tras el periodo colonial fueron una consecuencia primordial de la Guerra Fría. Pero el conflicto también tenía otros significados. Puede concebirse como una etapa en el ascenso de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Puede contemplarse como la (lenta) derrota de la izquierda socialista, sobre todo en la modalidad que adoptó Lenin. Y puede describirse como una fase aguda y peligrosa de las rivalidades internacionales, que surgió de los desastres de dos guerras mundiales, y que posteriormente se vio desbordada por nuevas líneas divisorias mundiales en las décadas de 1970 y 1980» (Arne Westad 2018, 15).

preguntas tales como: ¿Ha muerto el marxismo? Había muchos sepulcros. Si se toman al pie de la letra estos discursos la crítica del capitalismo de Marx era irrelevante, dado que este no había podido conocer la evolución del capitalismo marcada por el surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico y un profundo cambio en la organización del espacio mundial a través de la globalización (Selwyn 2013). El capitalismo de la presente era «otro» capitalismo, dado que habían cambiado sus objetivos, sus métodos y sus procedimientos en la formalización y resolución de conflictos. Otro argumento más en contra, según estos discursos, es que el método marxista era inútil. La razón: Marx había ignorado la naturaleza cambiante del capitalismo, como proceso social. Un extremo que cuestiona Marcelo Musto (2008), afirmando que «Marx entendió que el nacimiento de una economía internacional globalizada era inherente al modo capitalista de producción y predijo que este proceso generaría () violentos conflictos, crisis económicas e injusticia social generalizada» (Hobsbawm y Musto 2008).

Así, pues, con la disolución de la URSS sobrevino este otro enfoque retórico. Había llegado el *fin de la rebeldía*. Los proyectos de cambio eran banales ante la universalización de un mundo no antagonico de cooperación de clases, como se había reivindicado en los discursos anticomunistas de los años 50. Al fin ese mundo había llegado. ¿Cómo preservarlo? A través del acatamiento de los sistemas de valores y de las prácticas políticas globalizadas de la democracia neoliberal.

¿Tenía razón Fukuyama al profetizar el fin de la rebeldía? A medias. Todos los espacios, procesos y actividades políticas sobrevenidos en el seno de las sociedades de la posguerra fría están atravesados por revueltas, revoluciones y disturbios. Casi todos fracasados. Se multiplicaron los conflictos no resueltos, pero el estereotipo penetró y se hizo común, incluso, en el discurso de quienes promovían resistencias contra la neocolonización. Significados autores del pensamiento del denominado «Giro Decolonial» –Walter Mignolo y Ramón Grosfoguel, entre otros–, por motivos diferentes²⁰ marcan distancias con la teoría marxista y esgrimen argumentos que guardan ciertas similitudes con los tópicos puestos en circulación sobre «el fin del marxismo» y su inutilidad relativa. Al «Giro Decolonial» se sumaron en América Latina «filósofos de la liberación»²¹ que también se refieren al marxismo,

20. Ambos autores, Mignolo y Grosfoguel pertenecen al grupo *Modernidad/Colonialidad* y los dos presentan críticas a Marx invalidando al marxismo como una perspectiva de análisis para Latinoamérica, por su eurocentrismo.

21. Según Juan Carlos Scannone, la «filosofía de la liberación» surge en Argentina en 1971, debido a las injusticias estructurales, que padecía el Subcontinente latinoamericano.

como una ideología negativa o como un instrumento proveniente del análisis sociológico²², así, uno de ellos, Juan Carlos Scannone (2011), en sus textos suele ser muy explícito en señalar su separación del marxismo.

De un modo u otro, se pensaba –también por los propios marxistas disidentes– que saldados los movimientos nacionalistas de autodeterminación de las periferias y disuelta la URSS no había futuro para los marxismos revolucionarios. América Latina constituía un ejemplo de su fracaso. Tampoco había lugar para los nacionalismos soberanistas. Francis Fukuyama, estaba convencido de que se había asistido a la llegada de «un estado homogéneo universal» (Fukuyama 1989, 10-11) que ponía fin a todos los antagonismos.

Sin embargo, los hechos desmentían a los discursos. En la posguerra fría aumentaron exponencialmente las resistencias dirigidas a la consecución de la autodeterminación política y cultural²³ y la violencia no disminuyó. Aumentó en proporción a la violencia neocolonial. Algunas de las insurgencias periféricas no eran rebeldías sobrevenidas, sino que venían de lejos desde los inicios del colonialismo. Pero esta realidad era una cuestión menor para los analistas de la «muerte del marxismo».

7. DEL PASO DE LA RETÓRICA A LA «INGENIERÍA SOCIAL»

Hay que reconsiderar las otras formas de violencias creadas por el capitalismo a la luz de algunos acontecimientos contemporáneos. Estas, sin ser novedosas, involucran, cotidianamente, medios hasta ahora empleados excepcionalmente. Así, en los conflictos bélicos aumenta la tendencia a emplear prácticas militares cada vez más sanguinarias como masacres, genocidios, politocidios, democidios y limpiezas étnicas. La cuestión de la eficacia de tales prácticas estriba en que a los destinatarios de la violencia les sea imposible

Pretendía la liberación humana integral y no meramente en el plano sociológico y económico (Scanonne 2009, 4).

22. Esto a pesar de que el origen de la «Filosofía de la Liberación» se halla en la Teología de la liberación y esta es marxista. Al menos así es en la concepción del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez que aparece explícita en el texto fundacional del año 1971, publicado en Lima por primera vez y reeditado en el año 1988, la cual en su visión ideológica política es marxista. Aunque se le reconvinó por la Congregación para la Doctrina de la Fe por esas ideas expuestas en los documentos «Algunos aspectos de la teología de la liberación» (1984) y «Libertad cristiana y liberación» (1986), el autor no cambió su perspectiva.

23. Las revueltas se daban no sólo en países recolonizados situados en áreas geográficas periféricas, sino en minorías situadas en las metrópolis.

recuperarse. Por ello, las acciones de los grandes aparatos bélicos están orientadas a que los daños infligidos no se produzcan intermitentemente, sino de manera prolongada y continua.

Esa violencia no es tan anárquica y caótica como se pretende por algunos analistas involucrados en la conceptualización de la «geopolítica del caos» (Maddaluno 2017). Diría sobre las violencias que no se pierde de vista el objetivo, de manera que se coordinan a los actores violentos en el marco de una estrategia para que sus acciones generen acumulación de riqueza y permitan «expropiación y extracción» neocolonial. Con el uso de estos medios se ha ganado en intensidad destructiva, pero también en eficacia destructiva.

Ante estas realidades, cada vez es más difícil de asumir como argumentos de discusión viables los estereotipos retóricos, que asocian el marxismo con la violencia *sin sentido*. No resultan plausibles. Se ha pretendido, durante mucho tiempo, que el capitalismo es la expresión de un proceso civilizatorio interrumpido transitoriamente por subversiones y que estas son, particularmente, de inspiración marxista o influidas por el marxismo. Como proceso civilizatorio fundado en valores sería preciso garantizar su evolución²⁴, para instaurarlos y universalizarlos que sus valores se asuman globalmente. Se han propuesto soluciones diversas. Karl Popper propuso una «ingeniería social» o tecnología. Así, mediante la aplicación de la racionalidad tecnológica, a la luz de la emergencia de la tecno-burocracia, se podrían resolver las «disfunciones» institucionales sobrevenidas entre intereses antagónicos, como los intereses de clase, tomados por Marx como paradigma de antagonismo en *El Capital*.

Un seguidor presente de Popper, –notorio neoliberal transnacional– Klaus Schwab, reconceptúa en la *Cuarta Revolución Industrial* (2021) la «ingeniería social» para fortalecer la tecnología de la gubernamentalidad empresarial. Pero con matices. Ante los problemas que enfrenta la democracia que puedan desembocar en rebeliones, revoluciones o disturbios, él propone la aplicación de una ingeniería social *modernizada*. Ello significa, por un lado, la prevalencia de quienes ejercen el poder gracias al monopolio del saber, pero, por otro, igualmente, la prevalencia en el monopolio del poder.

En ese contexto, analizar estas retóricas antimarxistas supone aceptar un desafío en un momento histórico, como el presente, de redefinición del imperialismo mundializado y de su lógica fragmentadora practicada, mediante la resignificación de las «expropiaciones» neocoloniales y de las guerras por

24. Estos valores serían representativos de la universalidad del derecho (Popper, 2006, 308-309).

delegación en áreas geográficas periféricas, las denominadas guerras *Proxy*²⁵, sobrenvenidas lejos de las metrópolis imperiales. Las ingenierías sociales han promovido revoluciones democráticas, pero un análisis conceptual estricto revela que estas «revoluciones» han sido simplemente un nombre para reafirmar el poder corporativo neoimperial. El examen de estas implicaciones es pertinente para analizar los estereotipos antimarxistas, dado que las guerras *Proxy* provocan una continua reconfiguración del espacio, de los sistemas políticos, de las culturas y las conciencias.

De hecho, por la aplicación de las «ingenierías sociales» ha sido posible construir formas estéticas del *respeto al orden* establecido que han contribuido a generar una atmósfera de sumisión y de inhibición de la acción de sujetos individuales y colectivos. Así, las ciudadanías diversas y sus antagonismos son desarticuladas por la conversión de sus emociones en una experiencia básica para el consumo, bajo la égida de grandes corporaciones transnacionales, que se han preocupado en transformar las emociones, siguiendo procesos que desvirtúan la naturaleza de estos, para convertirlos en asunto del mercado global.

Bajo la influencia de estas «ingenierías sociales» la práctica de la inhibición tienen tanto que ver con retóricas estéticas, como con la construcción social del miedo. Su violencia tiene sentido.

8. A MANERA DE CONCLUSIÓN: «FINAL DE JUEGO»

En el marco histórico presente, o del sistema mundo, como diría Immanuel Wallerstein (1984), emergen un conjunto de visiones sobre el marxismo

25. Las llamadas «guerras proxy» o guerras por delegación fueron muy frecuentes en el marco de la Guerra Fría y vuelven a serlo. Actualmente, existen varios escenarios de guerras por delegación. El ascenso de este tipo de conflictos convierte dicho fenómeno en una de las características significativas de los conflictos actuales y muy posiblemente del futuro. Según Pontijas Calderón (2020), en su artículo para el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) «Tendencias en la guerra por delegación (*proxy warfare*)», la aparición de este tipo de conflictos bélicos está propiciando un desplazamiento cada vez más acusado en la transferencia del monopolio del uso de la fuerza, desde los Estados a los actores no estatales. El resultado es que cada vez son más frecuentes la intervención de potencias imperiales de manera indirecta en zonas de conflicto a través de actores delegados —los denominados *proxies*—. En las guerras *Proxy*, el actor sujeto del apoyo resulta ser no estatal, sino una de las facciones en conflicto en el territorio de un Estado, una guerrilla o movimiento insurreccional, una organización terrorista o religiosa, etc.

que, mediante estereotipos retóricos han intentado resignificar algunos de sus conceptos básicos, con intención de reducirlo, como método de análisis, a un fenómeno residual. Sin embargo, se han atravesado en su camino tres fenómenos mencionados anteriormente, a saber, el neoimperialismo imperante, las guerras Proxy y las batallas libradas por la autodeterminación individual y colectiva. Todas ellos convergen en la aparición de una violencia extrema, como instrumento de acción sobre cuerpos, territorios y conciencias.

Esta convergencia de lógicas represivas y belicismo, en las últimas décadas, ha provocado el desengaño respecto de las retóricas y se ha abierto camino una propuesta de «reconstrucción del marxismo»; que se puede entender como un resultado de las múltiples resistencias y divergencias articuladas contra el neoliberalismo globalizado. ¿Cómo ha naufragando esa especie de final de juego construido alrededor de un repertorio de argumentos, edificados sobre lugares comunes? Las retóricas, en realidad, se han dirigido a la neutralización, por una parte, del marxismo como instrumento de análisis, y, por otra, de las tendencias revolucionarias culturales centrífugas y de homogeneización identitaria, que han surgido, como consecuencia de las lógicas represivas, aplicadas en las propias metrópolis neoimperiales, contra etnias, culturas y minorías, virtualmente, empujadas a la marginalidad. O si se prefiere decirlo de otro modo, empujadas al espacio inseguro del delito y sus bordes, engendrando desigualdades de trato de la justicia institucional y del poder policial. Estas dinámicas, también, han estado presentes en los escenarios de guerras *Proxy*. Creo que la contribución marxista, durante gran parte del siglo XX radica precisamente en otorgar un fundamento concreto a las resistencias «revolucionarias» contra las «expropiaciones» neocoloniales y las guerras *Proxy*, como sistemas de poder impuestos por el neoliberalismo para facilitarlas.

Tal es la perspectiva que, a mi modo de ver, clarifica la importancia de la relación entre ciertos movimientos populares y la teoría de Marx hoy. Obviamente, tal relación se modela en relación a experiencias. Es decir, a cómo experimentan los sujetos colectivos la violencia, tanto en las metrópolis neoimperiales, como en las periferias. Y, qué conciencia han tenido de ella en situaciones en que la propia continuidad histórica del sujeto colectivo ha estado en cuestión, como ha ocurrido con la «balcanización» de ciertos países escenario de guerras *Proxy*²⁶.

26. Algunos de los pensadores marxistas o, cuasi marxistas, en diálogo con la realidad, presentan posturas discordantes sobre la comprensión histórica del siglo XX, como Adorno, Habermas y Zizek y, también, analizan de manera diferente estas retóricas.

Un efecto de esta realidad ha sido que la reconstrucción del marxismo, como método de análisis, está presente en las estrategias de «reconstrucción de soberanías», individuales y colectivas, que han sido influidas por sus conceptos básicos. Particularmente, en áreas geográficas periféricas, etnias, culturas y religiones amenazadas por «guerras Proxy» neoimperiales. Así, que plantearse una reflexión marxista, ante la maraña de estereotipos retóricos exige no dejarse atrapar en su laberinto. Tal vez pueda servir para salir del laberinto, la reflexión heterodoxa de Néstor Kohan (2016) quien subraya que el grito *¡Volver a Marx!* es un viejo grito de «denuncia, rechazo y hastío», a su juicio, provocado por las circunstancias: «Periódicamente, retoma el centro de la escena cuando el conformismo, la mansedumbre, la mediocridad, la apología y la legitimación entusiasta del orden establecido amenazan desdibujar el sentido crítico de las ciencias sociales» (Kohan 2016, 29).

En resumen, las construcciones retóricas han perseguido un final de juego del marxismo durante décadas, desalojándolo del presente como discurso crítico sobre el capitalismo tardío. Estas retóricas no tienen futuro. El marxismo ha retornado no para legitimar violencias sin sentido, sino para dar sentido a las violencias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARON, Raymond. *Libertad e igualdad*. Barcelona: Página Indómita, 2021.
- ARNE WESTAD, Odd. *La Guerra Fria, una historia mundial*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2018.
- BERDIAEFF, Nicolas. *El cristianismo y el problema del comunismo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1937 (primera edición en Argentina). Se cita por la edición digital: @elteólogo, 2015.
- BURNHAM, James. *The managerial revolution*. Londres: Lume Books, 2021.
- CALTON, Chris. «Romantizando a Reagan». *Mises Wire*, 09/25/2018. Recuperado el 28 de junio de 2023 de: <https://mises.org/es/wire/romantizando-reagan>
- CROZIER, Michel, Huntington, Samuel Philips y Watanki, Joji. «La Gobernabilidad de la Democracia. Informe del Grupo Trilateral». *Cuadernos Semestrales del CIDE*, 1-3 (1977-1978): 377-397.
- CURCÓ COBOS, Felipe. «¿Hay una teoría normativa de la justicia en Marx?». *Tópicos*, 52 (ene./jun. 2017): 213-238.
- FUKUYAMA, Francis. «The End of History». *The National Interest* 16 (1989): 3-18.
- GÓMEZ, Javier. «La caza de Brujas en Hollywood». *Historia General/Edad Contemporánea*, 2009. Recuperado el 28 de junio de 2023 de: <https://historiageneral.com/2009/01/07/la-caza-de-brujas-en-hollywood>.
- GRAMSCI, Antonio. *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*. Barcelona: Gedisa, 2018.

- GRAMSCI, Antonio. *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona: Península, 1976.
- HAYEK, Friedrich. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza Editorial, 2011.
- HOBBSAWM, Eric (entrevistado) y Musto, Marcelo (entrevistador). «La crisis del capitalismo y la importancia actual de Marx 150 años después de los Grundrisse». *Sin Permiso*, 28-09-2008. Recuperado a 28 de junio de 2023 de: <https://www.sinpermiso.info/textos/la-crisis-del-capitalismo-y-la-importancia-actual-de-marx-150-aos-despus-de-los-grundrisse>.
- KOESTLER, Arthur. *El cero y el infinito*. Barcelona: Ed Debolsillo, 2011.
- KOHAN, Néstor. *Nuestro Marx*. Buenos Aires: Editorial La Oveja Roja, 2016.
- MADDALUNO, Amadeo. (2017). *Il caos globale, geopolitica e strategia dopo la globalizzazione*. Roma: Aracne, 2017.
- MARX, Karl. *El Capital, tomo 1*. Traducción de Wenceslao Roces. México: FCE, 1946.
- MARÍN GELABERT, Miquel Àngel. «Presentación». En *Culturas históricas marxistas y movimientos sociales en la Guerra Fría*. Edición de Stefan Berger y Christoph Cornelissen. Zaragoza: Institución Fernando el Católico y Excma. Diputación de Zaragoza, 2021.
- MUINELO Paz, Eugenio. «Derecho público y Derecho privado en el pensamiento de Marx». *AFD*, XXXVI (2020): 373-391.
- PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. «Tendencias en la guerra por delegación (proxy warfare)». *bie3: Boletín IEEE*, 18 (2020), 85-96.
- POPPER, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2006.
- RAND, Ayn. *La rebelión de Atlas (Atlas Shrugged)*. Barcelona: Ediciones Deusto, 2009.
- SCANNONE, Juan Carlos. *Teología de la liberación y praxis popular*. Buenos Aires: Docencia, 2011.
- SCANNONE, Juan Carlos. «La Filosofía de la liberación: historia, característica y vigencia actual», *Teología y vida* 50, 1-2 (2009): 59-73.
- STRAUSS, Leo. *Sobre la Tiranía*. Madrid: Editorial Encuentro, 2005.
- SELWYN, Neil. *Education in a Digital World: Global Perspectives on Technology and Education*. London: Routledge, 2013.
- VV. AA. *S.v. 'Congreso por la libertad de la cultura'*. *Diccionario Filosófico. Manual de materialismo filosófico*. Filosofía en español. Recuperado el 28 de junio de 2023 de: <https://www.filosofia.org/mon/cul/clc.htm>.
- WALLERSTEIN, Immanuel. *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. México: Siglo XXI Editores, 1984.